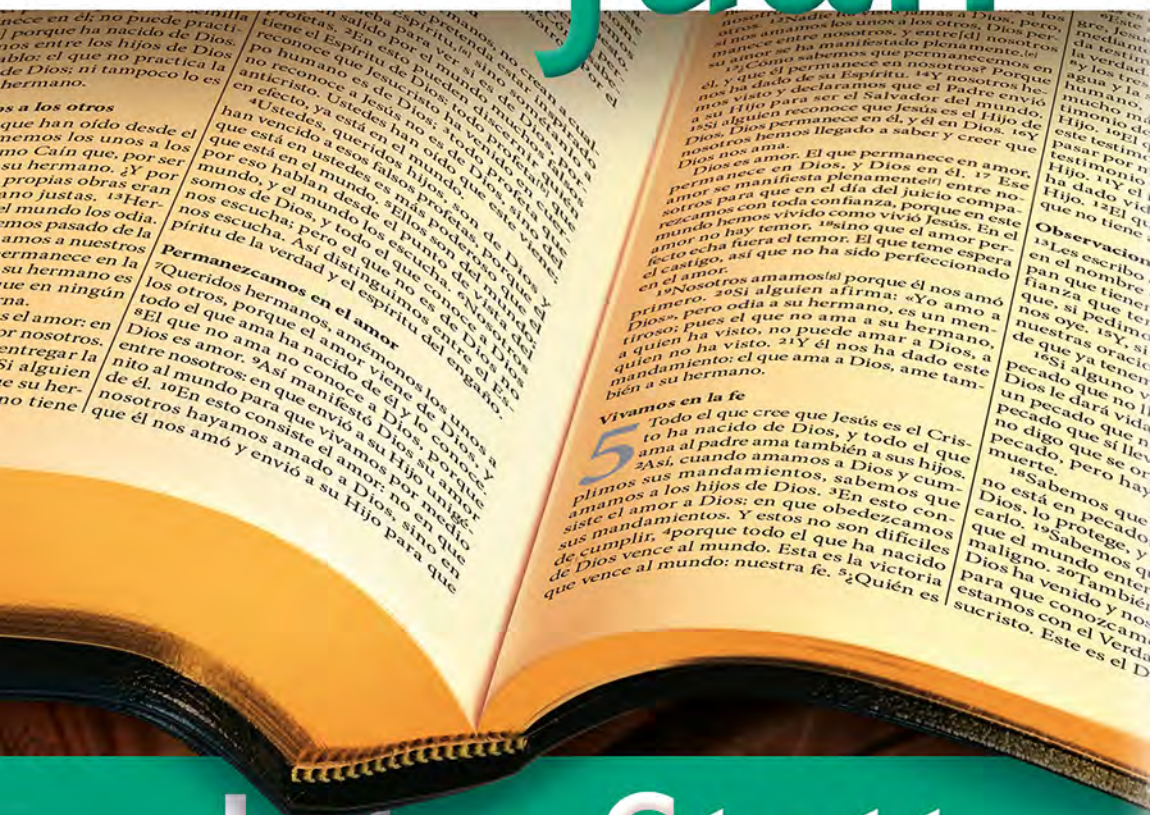


El mensaje de las cartas de Juan



John Stott

Stott, John

El mensaje de las Cartas de Juan. – 2a. ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Certeza Unida, 2017.
252 páginas; 15 x 23 cm. - (Stott)

Traducción de: Adam F. Sosa

ISBN 978-950-683-241-4

1. Biblia. 2. Nuevo Testamento. 3. Comentarios Bíblicos. I. Sosa, Adam F., trad. II.

Título.

CDD 225

Título original en inglés: *The Epistles of John*

© 1964 The Tyndale Press

Esta traducción se publica en acuerdo con InterVarsity Press, Leicester, Reino Unido. Primera edición en castellano © 2018 Ediciones Certeza Unida, Buenos Aires. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723. No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Salvo que se mencione otra versión, las citas bíblicas corresponden a la Nueva Versión Internacional.

Traducción: Adam F. Sosa

Revisión bíblica: Alejandro Romero

Diseño: Ayelen Horwitz

Corrección: Adriana Riccomagno

Ediciones Certeza Unida es la casa editorial de la IFES Amércia Latina (International Fellowship of Evangelical Students, Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos). La IFES es un movimiento compuesto por grupos estudiantiles que buscan cumplir y capacitar a otros para la misión en la universidad y el mundo. Más información en:

Certeza Argentina, Bernardo de Irigoyen 678, 5° "I", (1072) CABA, Argentina. certeza@certezaargentina.com.ar

Ediciones Puma, Av. 28 de Julio 314 Oficina G, Jesús María, Lima, Perú. Apartado Postal 11-168. ventas@edicionespuma.org
www.edicionespuma.org

Editorial Lámpara, Calle Abdón Saavedra 2204 esquina Fernando Guachalla, Sopocachi, La Paz, Bolivia. editorialampara@hotmail.com

Publicaciones Andamio, Alts Forns 68, Sótano 1, 08038, Barcelona, España. libros@andamioeditorial.com — www.andamioeditorial.com

Impreso en Colombia. *Printed in Colombia.*

Prólogo general

Es ostensible el interés que en estos últimos años ha habido en el estudio de las Sagradas Escrituras. Se trata de un verdadero despertar bíblico que no se limita a los teólogos profesionales sino que se extiende a muchísimos cristianos tanto en el campo protestante como en el católico romano.

A pesar de la proliferación de literatura que caracteriza este momento de auge escriturístico, existe aún una necesidad ampliamente sentida entre quienes desean profundizar en el estudio de la Biblia: la de comentarios que, sin ser técnicos, expliquen el significado del texto haciendo uso de todos los recursos propios de la exégesis.

El propósito que nos anima es poner en manos del lector una obra que mantiene la calidad exegética mediante una referencia constante a los idiomas originales y a la situación histórica de los escritores sagrados, a fin de promover una genuina teología bíblica. El énfasis de este comentario está en la interpretación, aunque sin dejar completamente de lado la nota homilética. Prima el criterio de dejar que la Biblia hable por su propia cuenta. Quedan excluidas las alegorizaciones y las aplicaciones que, aunque se inspiren en el afán de mostrar la actualidad del mensaje bíblico, no puedan desprenderse legítimamente del texto.

El comentario toma como base el texto bíblico de la Nueva Versión Internacional, e incluye la referencia a otras versiones de la Biblia.

Por todos lados hoy día hay señales evidentes de un anhelo de renovación espiritual. Lanzamos este comentario al público hispanoparlante con la esperanza de que, gracias a su magistral combinación de erudición bíblica, sencillez y fidelidad a la Palabra escrita, sirva al propósito de que esa renovación mantenga una orientación auténticamente bíblica, para la gloria de Dios y la edificación de la Iglesia de Cristo.

Los editores

Índice

Prólogo del autor	7
Introducción	13
Primera carta de Juan	53
I. Prefacio 1.1–4	55
II. El mensaje apostólico y sus implicaciones morales 1.5—2.2	69
III. Primera aplicación de las pruebas 2.3–27	89
IV. Segunda aplicación de las pruebas 2.28—4.6	117
V. Tercera aplicación de las pruebas 4.7—5.5	165
VI. Los tres testigos y nuestra consecuente seguridad 5.6–17	183
VII. Tres afirmaciones y una exhortación final 5.18–21	199
Segunda carta de Juan	207
Comentario	209
I. Introducción 1–3	211
II. El mensaje 4–11	217
III. La conclusión 1.12,13	229
Tercera carta de Juan	231
Comentario	233
I. Mensaje a Gayo	235
II. Mensaje acerca de Diótrefes 1.9,10	243
III. Mensaje acerca de Demetrio 1.11,12	247
IV. Conclusión y saludo 1.13,14	251

Prólogo del autor

Si se dice (muy razonablemente) que quien no es en ningún sentido un erudito en el Nuevo Testamento no debiera tomarse la atribución de escribir un comentario sobre cartas del Nuevo Testamento, yo diría, en una respetuosa defensa propia, que he escrito como pastor y no como teólogo. Lo cual no es del todo una desventaja, puesto que el penetrar en la literatura del Nuevo Testamento exige cierta familiaridad, no solo con los usos griegos, sino también con una situación eclesiástica local tal como la que hay detrás de las cartas juaninas. Ciertamente, Juan escribe como un pastor a su grey en un lenguaje que todo pastor moderno entenderá. Él ama a su gente. Está profundamente preocupado por protegerlos de las tentaciones del mundo y los errores de los falsos maestros, y verlos establecidos en la fe, el amor y la santidad. De modo que apela a lo que son y a lo que saben. Les advierte y los exhorta, discute con ellos y los instruye. Todo esto hallará eco en la experiencia de todo pastor a quien el Supremo Pastor le haya confiado el cuidado de un rebaño. Espero que los lectores de este comentario, sin menospreciar las cuestiones académicas planteadas por las cartas, no olviden el propósito práctico con el cual fueron escritas.

La consideración más amplia de algunos de los principales problemas exegéticos de la primera carta se ha reservado para las notas adicionales. Aun así, el comentario es más extenso de lo que hubiera tenido que ser, y estoy agradecido a los editores por haberlo aceptado indulgentemente tal como está. Mi deuda hacia otros comentaristas se hará evidente en la exposición del texto, aunque he tratado de resistir la tentación de ser un mero copista servil de otras personas mejores y más capaces.

Ruego que nos sea dada la gracia de hacer más que estudiar estas cartas, a saber, someternos a ellas en mente y vida. La Iglesia necesita su mensaje. Para usar la fraseología del propio Juan, que permanezcamos en ellas y ellas en nosotros (2 Juan 9; 1 Juan 2.24).

Abreviaturas principales

- Alexander** *The Epistles of John* por Neil Alexander en los *Torch Bible Commentaries* (S.C.M. Press, 1962).
- Alford** Comentario sobre las epístolas de Juan por Henry Alford en su Testamento Griego (Rivingstons & Deighton & Bell, 3ª. Edición, 1866).
- Barclay** *The Letters of John and Jude*, por William Barclay (The Saint Andrew Press, 1958).
- BJ** Biblia de Jerusalén (Desclée de Brouwer, 1967).
- Blaiklock** *Faith is the Victory* (Estudios devocionales en la primera epístola de Juan) por E. M. Blaiklock (The Paternoster Press, 1959).
- Brooke** Comentario sobre las cartas juaninas por A. E. Brooke en *The International Critical Commentary* (T. & T. Clark, 1912).
- Calvino** Comentario sobre la Primera epístola de Juan por Juan Calvino, traducido por T. H. L. Parker, en la serie *Calvin's Commentaries* (Oliver & Boyd, 1961).
- Candlish** *The First Epistle of John Expounded in a Series of Lectures* por Robert S. Candlish (A. & C. Black, 1877).
- DHH** Dios Habla Hoy, Sociedades Bíblicas Unidas, 1994.
- Dodd** Comentario sobre las cartas juaninas por C. H. Dodd en *The Moffatt New Testament Commentary* (Hodder & Stoughton, 1946).

EL MENSAJE DE LAS CARTAS DE JUAN

- Ebrard** *Commentary on St. John's Epistles* por John H. A. Ebrard (T. & T. Clark, 1860).
- Eusebio** *Historia eclesiástica* por Eusebio de Cesarea, *circa* 260–340, tarducida con introducción y notas por H. J. Lawler y J. L. Oulton (SPCK, 1927–28; dos tomos). Hay traducción castellana publicada por Editorial Nova, 1950.
- Findlay** *Fellowship in the Life Eternal* (Una exposición de las cartas de Juan) por George G. Findlay (Hodder & Stoughton, 1909).
- Grimm –Thayer** *Greek–English Lexicon of the New Testament* por C. L. W. Grimm, traducido, revisado y ampliado por J. H. Thayer (T. & T. Clark, 4ª. Edición, 1901).
- H–A** *El Nuevo Testamento de Nuestro Señor Jesucristo*, versión Hispano–Americana (Sociedades Bíblicas Unidas, 1916).
- Law** *The Tests of Life* (Estudio de la primera epístola de San Juan) por Robert Law (T. & T. Clark 1909).
- Lewis** *The Johannine Epistles* por Greville P. Lewis en la serie *Epworth Preacher's Commentaries* (Epworth Press, 1961).
- Liddell y Scott** *A Greek–English Lexicon* compilado por H. G. Liddell y R. Scott (1843), revisado y aumentado por H. S. Jones y R. McKenzie (1925), (Oxford University Press, 10ª. Edición, 1940).
- LXX** La Septuaginta (versión griega precristiana del Antiguo Testamento).
- mg.** margen
- NEB** New English Bible: New Testament, 1961.
- Plummer** Comentario de las epístolas de Juan en el *Cambridge Greek Testament for schools and Colleges* por Alfred Plummer (Cambridge University Press, 1894).

ABREVIATURAS PRINCIPALES

- RSV** American Revised Standard Version, 1946–52.
- RV60** La Santa Biblia, Versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera (Sociedades Bíblicas Unidas, revisión de 1960).
- RV95** La Santa Biblia, Versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera (Sociedades Bíblicas Unidas, revisión de 1995).
- Smith** Comentario sobre las cartas de Juan por David Smith en *The Expositor's Greek Testament* (Hoder & Stoughton, 1910).
- VM** La Santa Biblia, Versión Moderna (Sociedad Bíblica Americana, 1897).
- Westcott** *Commentary on the Epistles of St. John* por B. F. Westcott (Macmillan, 1883).

Introducción

I. El autor

El lugar natural en el cual buscar información acerca del autor de una carta antigua es en ella misma. En la antigüedad era costumbre que el que escribía una carta comenzara anunciando su identidad. Esta era la norma invariable de Pablo y lo mismo se puede afirmar de las cartas de Pedro, Santiago y Judas. El autor de 2 y 3 Juan se denomina a sí mismo 'el anciano', sin descubrir su nombre. Solo la carta a los Hebreos y 1 Juan empiezan sin anuncio alguno del nombre o título del autor y, de hecho, sin salutación introductoria. El anonimato de 1 Juan no se ha de explicar mediante la sugerencia de que el autor está escribiendo un tratado de teología o aun una carta general o 'católica', como Orígenes fue el primero en llamarla. Aunque tiene un considerable contenido teológico, contiene un mensaje genuinamente personal dirigido a una determinada congregación, o grupo de congregaciones, en una situación particular (ver 1 Juan 2.19).

En toda ella se mantiene la forma de dirigirse 'yo-vosotros-nosotros'; los destinatarios de la carta son los amados 'hijitos' del autor, quien conoce su historia y sus presentes circunstancias espirituales. Además, 'el escrito está animado de principio a fin de un intenso sentimiento personal' (Westcott). Es una verdadera carta pastoral, enviada por un pastor a su grey o a una parte de ella, como lo son también (y más claramente aún) las dos cartas más breves.

¿Quién fue, pues, el autor de estas cartas? Puesto que son anónimas, no hay necesidad de atribuirles *a priori* al apóstol Juan o a algún otro Juan. No obstante, la evidencia externa está fuertemente en favor de esta atribución, particularmente en el caso de la primera carta.

a. Evidencia externa para la primera carta

Las tres cartas se encuentran en los manuscritos griegos más antiguos. La primera está incluida también en las versiones más antiguas de la Iglesia oriental y occidental, a saber, la siríaca y la latina, mientras que la segunda y la tercera no se hallan en la siríaca antigua.

Los comentaristas han hallado posibles alusiones a las cartas de Juan en una cantidad de escritos patrísticos antiguos. Así, Clemente de Roma describe dos veces al pueblo escogido de Dios como ‘perfeccionados en amor’, y en *La Didaqué* hay una expresión similar. La *Epístola a Diogneto* incluye frases tales como ‘desde el principio’, ‘Dios amó a los hombres’ y ‘envió a su Hijo unigénito’, de modo que amamos ‘al que nos amó primero’. Pero solo se trata de ecos del lenguaje juanino, derivados tanto del Evangelio como de la teología juanina corriente o de la primera carta. No hay citas formales o exactas, ni mención alguna de Juan o de las cartas por nombre.

La más antigua referencia definida a estas cartas en los Padres procede de Policarpo de Esmirna (155 d.C.), quien en el séptimo capítulo de su carta a los filipenses, escrita tal vez treinta o cuarenta años antes de su martirio, afirma que cualquiera que no confiese que Jesucristo ha venido en la carne es anticristo. Pasa a instar al retorno al mensaje recibido desde el principio. Aquí hay citas de 1 Juan 4.2,3 (con una posible reminiscencia de 1 Juan 2.22 y 2 Juan 7) y 1 Juan 2.24. Sin embargo, Policarpo no atribuye sus citas a Juan.

El primero en referirse específicamente a una carta juanina fue, a mediados del siglo II, Papias de Hierápolis quien, según Eusebio (iii.39.17), ‘usó testimonios tomados de la primera epístola de Juan’.

Recién cuando llegamos a Ireneo de Lyon (c. 130–200) al fin se atribuyen claramente la primera y segunda cartas al Juan que fue a la vez ‘el discípulo del Señor’ y el autor del cuarto Evangelio. En su *Adversus Haereses* (iii. 16. 18) cita de 1 Juan 2.18–22, 4.1–3, 5.1 y 2 Juan 7,8.

Clemente de Alejandría, que sobrevivió algunos años a Ireneo, evidentemente conoció más de una carta juanina, puesto que se refiere a ‘la carta mayor’ y la atribuye ‘al apóstol Juan’. Sus citas son más numerosas aun que las de Ireneo. En los capítulos 2–5 de *Stromateis* cita 1 Juan 1.6,7; 2.4,18, 19; 3.18,19; 4.16,18 y 5.3,16,17, mientras en su *Quis Dives Salvetur?* capítulos 37 y 38, cita 1 Juan 3.15 y otra vez 4.18.

Tertuliano, su contemporáneo latino (220 d.C.), hizo considerable uso de la primera carta, citándola unas cincuenta veces (especialmente 1 Juan 1.1,3; 2.22; 4.1,2; 5.1) en sus escritos polémicos contra Marción, Praxeas y los gnósticos. Orígenes de Alejandría, poco después (255 d.C.), también aprovechó mucho de la primera carta, atribuyéndola a Juan, aunque, como Tertuliano, no cita las otras dos cartas más breves.

El Canon Muratorio, que probablemente fue compilado en Roma entre el 170 y el 215 d.C., tal vez por Hipólito, contiene dos pasajes importantes, aunque de significado incierto. En uno el autor explica cómo él creía que Juan había llegado a escribir su Evangelio, e inmediatamente agrega una referencia a ‘sus cartas’ en la cual pretende escribir ‘lo que hemos visto con nuestros ojos, oído con nuestros oídos y tocado con nuestras manos’ (citando 1 Juan 1.1,4). En el otro, se mencionan ‘dos’ cartas de Juan (no está claro de cuáles se trata); luego se las describe con la frase *in catholica habentur*, que los eruditos han interpretado en el sentido de que, o eran reconocidas ‘en la Iglesia católica’ o ‘entre las cartas católicas’.

Cipriano, obispo de Cartago a mediados del siglo III, citó de 1 Juan 1.8 y 2.3,4,6,15–17, y es interesante notar que los pasajes que empleó tienen que ver más bien con la conducta ética que con la controversia teológica.

Cuando llegamos a Eusebio (c. 325 d.C.) hallamos que numera la primera carta entre los *homologoumena* o ‘libros reconocidos’, mientras que coloca la segunda y la tercera cartas entre los *antilegomena* o ‘libros disputados’ (iii. 25. 2,3)

b. Evidencia externa para la segunda y la tercera carta

La evidencia externa para la segunda y tercera carta no es tan clara o fuerte como para la primera. La primera cita definida ocurre en Ireneo (*Adversus Haereses* iii. 16. 3,8), quien menciona dos cartas, atribuyéndolas a ‘Juan el discípulo del Señor’, y cita 2 Juan 7, 8, 10 y 11. Clemente de Alejandría, con su referencia a la ‘carta mayor’ de Juan (*Stromateis* ii. 15.66), implica que él escribió también una o más cartas menores y, según Eusebio, en alguna otra parte menciona ‘la segunda carta de Juan’, la cual, dice, fue escrita a cierta dama que representa ‘la santa Iglesia’. En Orígenes es donde hallamos la primera

mención explícita de alguna duda acerca del autor de estas dos cartas. Él conocía ambas, pero no ha sobrevivido ninguna cita de su pluma y, según Eusebio, sabía que no eran reconocidas universalmente como 'genuinas' (vi. 25.10).

Eusebio mismo, como ya hemos dicho, colocaba la segunda y la tercera carta entre los *antilegomena* (iii. 25.10), aunque 'bien conocidas y reconocidas para la mayoría.' Agrega la interesante explicación de la incertidumbre que las rodeaba, a saber, 'si pertenecen al evangelista o a otro del mismo nombre'. En otro lugar expresa su convicción de que habían sido escritas por el apóstol Juan (vi.25.10). La referencia en el Canon Muratorio a 'dos cartas' de Juan podría ser tan fácilmente una alusión a la primera y a la segunda como a la segunda y la tercera. Jerónimo decía que las dos cartas breves eran atribuidas a Juan el Presbítero y, aunque a través de toda la Edad Media las cartas parecen haber sido aceptadas como obra del apóstol Juan, Erasmo volvió a la teoría mencionada por Jerónimo. No es sorprendente que esta mención de la segunda y la tercera carta sea más escasa que en el caso de la primera, porque ambas son brevísimas y contienen muy poco material distintivo que sería apto para ser citado.

c. Autoría común del Evangelio y la primera carta

La evidencia en cuanto a la autoría de las cartas que puede recogerse en ellas mismas es más bien indirecta que directa. Existe un problema complejo acerca de las relaciones mutuas entre el Evangelio y cada una de las tres cartas. Si se puede demostrar que cualquiera de estas, o todas ellas, fueron escritas por el autor del cuarto Evangelio, entonces evidentemente los argumentos en favor de la autoría del Evangelio serán igualmente aplicables a las cartas. Más sencillamente, si el Evangelio es del apóstol Juan, también lo serán las cartas. No es este el lugar para intentar ni siquiera una introducción a la complicada cuestión de la autoría del cuarto Evangelio. El lector deberá ver para ello comentarios competentes sobre este. Lo que aquí debemos hacer, sin embargo, es examinar la relación entre el Evangelio y las cartas. La mejor manera de proceder es considerar la evidencia de una autoría común primero entre el Evangelio y la primera carta, luego entre la segunda y la tercera y, finalmente, entre estas y la primera.

Aun una lectura superficial del Evangelio y la primera carta revela una notable similitud entre ambos tanto en tema como en

sintaxis. Los temas generales tratados son en gran parte los mismos. A menudo se ha señalado que el autor de cada escrito tiene el mismo amor a los opuestos colocados en agudo contraste entre sí (luz y tinieblas, vida y muerte, amor y odio, verdad y falsedad), mientras se dice que las personas pertenecen a una u otra de dos categorías, sin una tercera alternativa (o son hijos de Dios o hijos del diablo, del mundo o no del mundo; tienen vida o no la tienen; conocen a Dios o no lo conocen.). En el estilo se advierte lo que Westcott llamó 'la misma monótona simplicidad de construcción', y el mismo amor hebreo al paralelismo. El autor usa pocas partículas, y no le agradan las oraciones subordinadas introducidas por el pronombre relativo. Por otro lado, tiene gran afición a las oraciones que empiezan con ciertas fórmulas enfáticas como 'Esto es... aquello...', 'Por esto... es que...', 'Por esto... aquello' y 'Todo aquel que...'¹

Cuando comparamos la ocurrencia de frases precisas en el Evangelio y la primera carta, descubrimos que de hecho se presenta el mismo propósito o plan divino de salvación, en términos casi idénticos. Esto podría resumirse como sigue, imprimiendo en primer lugar en cada paréntesis la referencia de la epístola y en el segundo el del Evangelio: En nuestro estado natural y alejado somos 'del diablo', que ha pecado y mentido y asesinado 'desde el principio' (3.8 vs. 8.44), y 'del mundo' (2.16; 4.5 vs. 8.23; 15.19). Por lo tanto 'cometemos pecado' (3.4 vs. 8.34) y lo 'tenemos' (1.8 vs. 9.41), 'andamos en tinieblas' (1.6; 2.11 vs. 8.12; 12.35, RV) y somos espiritualmente 'ciegos' (2.11 vs. 12.40) y estamos espiritualmente 'muertos' (3.14 vs. 5.25). Pero Dios nos amó y envió a su Hijo para ser 'el Salvador del mundo' (4.14 vs. 4.42) y para que tuviéramos vida (4.9 vs. 3.16). Este era su 'unigénito' (*monogenes*, 4.9 vs 1.14, 18; 3.16,18), a fin de 'quitar' el pecado (3.5 vs. 1.29). De este dan 'testimonio' en parte los que 'vieron' y en consecuencia 'testificaron' (1.2,3; 4.14 vs. 1.34; 19.35), pero especialmente Dios mismo (5.9 vs. 3.33; 5.32,34,36,37) y el Espíritu (5.6 vs. 15.26). Debíamos 'recibir' ese testimonio divino (5.9 vs. 3.11, 31,33; 5.34), 'creer' en Aquel confirmado de esa manera (5.10 vs. 5.37-40) y 'confesarle' (4.2,3 vs. 9.22). Creyendo en él o en su 'nombre' (5.13 vs. 1.12, etc.), pasamos de muerte a vida (3.14 vs. 5.24). Nosotros 'tenemos vida' (5.11,12 vs. 3.15,36; 20.31), porque

1. Para un examen detallado de las similitudes y disparidades lingüísticas, véase Brooke, pp. I-xix y 235-242, y Law, pp. 341-363.

la vida está en el Hijo de Dios (5.11,12 vs. 1.4; 14.6). Esto es ser ‘nacidos de Dios’ (2.29; 3.9; 5.4,18 vs. 1.13).

Los que han nacido de Dios, los ‘hijos’ de Dios (3.1,2,10; 5.2 vs. 1.12; 11.52), son descritos de diversas maneras, en relación con Dios, con Cristo, con la verdad, con los demás hermanos y con el mundo. Son de ‘Dios’ (3.10 vs. 8.47) y han llegado a ‘conocer’ a Dios, el Dios verdadero, mediante Jesucristo (5.10 vs. 17.3). Hasta se puede decir que han ‘visto’ al Señor (3.6; ver 3 Juan 1.11 vs. 14.9), aunque en sentido literal nadie ha visto al Señor (4.12,20 vs. 1.18; 6.46). Los cristianos no solo son ‘de Dios,’ sino también ‘de la verdad’ (2.21; 3.19 vs. 18.37). La verdad está también ‘en’ ellos (1.8; 2.4 vs. 8.44) y ellos la ‘hacen’ (1.6 vs. 3.21), porque les ha sido dado ‘el Espíritu de verdad’ (4.6; 5.6–14.17; 15.26; 16.13). La relación de los cristianos con Dios y con la verdad se establece por medio de Jesucristo, en quien y en cuyo amor ‘permanecen’ (2.6,27,28; 3.6,24; 4.13,15,16 vs. 15.4–10) y quien permanece en ellos (2.24; 3.24; 4.12–16 vs. 6.56; 15.4,5). También su Palabra permanece en ellos (1.10; 2.14,24 vs. 5.38; 15.7) y ellos en ella (2.27 vs. 8.31). De modo que ellos ‘guardan su palabra’ (2.5 vs. 8.51–55; 14.23; 15.20; 17.6) o ‘sus mandamientos’ (2.3,4; 3.22,24; 5.2,3 vs. 14.15,21; 15.10), siendo su ‘nuevo mandamiento’ que se amen unos a otros (2.8–10; 3.11,23; ver 2 Juan 1.5,6 vs. 13.34). Sin embargo ‘el mundo los aborrecerá’ (3.13 vs. 15.18, RV). Esto no debe sorprenderlos. La razón de ello es que ya no pertenecen al mundo (4.5,6 vs. 15.19; 17.6), y aunque permanecen en él no deben amar las cosas que están en él (2.15,16 vs. 17.15). Cristo ‘ha vencido al mundo,’ de modo que por la fe en él ellos también lo han vencido (5.4,5 vs. 16.33). El resultado final de todo lo que Cristo ha hecho por su pueblo y le ha dado es la plenitud del gozo (1.4 vs. 15.11; 16.24; 17.13).

En vista de este paralelo notablemente estrecho, no parece demasiado fuerte la expresión de Alford cuando atribuye una obstinada ‘perversidad’ a aquellos que sostienen una autoría diferente. Sin embargo, durante los últimos cien años más o menos una pequeña pero persistente minoría de eruditos ha sostenido que la evidente similitud entre la carta y el Evangelio se debe más bien a imitación que a que el autor sea el mismo. Así, C. H. Dodd, quien sostiene que las tres cartas (pero no el Evangelio) fueron escritas por el mismo autor, supone que no fue ‘un mero imitador’ del evangelista, sino su ‘discípulo’ o ‘alumno,’ que reflejó, aunque modificándolo, el pensamiento de

su maestro, así como los barthianos modernos aceptan la teología de Karl Barth y sin embargo la adaptan. Estos eruditos señalan principalmente tres fenómenos: primero, palabras y conceptos de la carta que no aparecen en el Evangelio; segundo, peculiaridades del Evangelio que no tienen paralelo en la carta, y, tercero, diferencias sutiles pero significativas en doctrinas que son comunes al Evangelio y la carta.

Brooke analiza las cincuenta peculiaridades de la carta que enumeró Holtzmann, y al fin de cuentas no representan mucho. Las palabras más importantes de la carta que no aparecen en el Evangelio son *angelia* (mensaje), *koinōnía* (comuni6n fraternal), *‘ilasmos* (propiciaci6n), *crisma* (unci6n o unguimento), *anticristos*, *anomia* (falta de ley) y *sperma* (semilla). Pero aunque estas palabras falten en el Evangelio, sería torpe decir que tambi6n est6n ausentes las ideas sobre el pecado del hombre, o la muerte de Cristo o la obra del Espiritu Santo que las mismas contienen. Para C. H. Dodd estas diferencias lingüísticas se deben en gran parte a que el Evangelio refleja el lenguaje, pensamiento y costumbres del judaísmo palestino, mientras que la carta está coloreada por el misticismo helenista con su característico vocabulario de ‘luz’, ‘simiente’, ‘crisma’, y sus ideas abstractas (por ejemplo, ‘Dios es amor’). Pero aparte del hecho de que uno esperaría que el Evangelio, con su posici6n palestina, fuera más arameo que helenista, seguramente tiene raz6n Neil Alexander cuando afirma que en la carta ‘esos términos helenistas a menudo tienen comillas invisibles’. Juan se apropia deliberadamente del lenguaje de los falsos maestros que está combatiendo.

Brooke enumera en ocho páginas las peculiaridades del Evangelio. Da un catálogo de 813 palabras que ocurren en este pero no en la carta. Esto puede parecer impresionante, pero no lo es cuando se lo examina. La gran mayoría de esas palabras carecen de importancia y se las utiliza una o dos veces. Las más notables son ‘buscar’ (34 veces), ‘cielo’ (20 veces), ‘cruz’ y ‘crucificar’ (14 veces entre ambas), ‘discípulo’ (78 veces), ‘gloria’ y ‘glorificar’ (39 veces entre ambas), ‘ley’ (13 veces), ‘señal’ (17 veces) y ‘Señor’ (52 veces). Pero de estas se puede decir que solo ‘gloria’ y ‘glorificar’ tienen un significado doctrinal significativo, porque las *ideas* de la cruz, el discipulado, el cielo, etc., están presentes en la carta aunque no lo estén las palabras.

Dejando las palabras que son peculiares del Evangelio o de la epístola, debemos considerar ahora aquellas palabras y temas que

se manejan en ambos pero con una diferencia; de hecho, según C. H. Dodd, 'una diferencia formidable'. Son siete las principales, que han sido aducidas para postular una diferencia de autor:

1) En el prólogo del cuarto Evangelio, el *Logos* es personal, refiriéndose al Hijo unigénito de Dios, mientras que en el prefacio de la carta el '*logos* de vida' es impersonal y se refiere al evangelio portador de vida. Esto es probablemente cierto, como se acepta en el comentario citado (aunque, con todo, algunos sostienen que el '*Logos* de vida' es personal), pero las similitudes entre el prólogo y el prefacio superan con mucho esta diferencia y están resumidas en la nota adicional en la página 73.

2) El Paracleto en el Evangelio es el Espíritu Santo, 'el Consolador', mientras en la carta este título, que no se encuentra en otra parte en el Nuevo Testamento, se aplica a Jesucristo el Justo, que es nuestro Abogado en el cielo, no en la Tierra. Pero un concepto no contradice ni excluye al otro. ¿Por qué ha de considerarse imposible que tanto la segunda como la tercera persona de la Trinidad ejerzan un ministerio de ayuda y defensa, el Espíritu en la Tierra y el Hijo en el cielo? Además, si Jesús llamó al Espíritu '*otro* Paracleto' (Juan 14.16), ¿quién es el primero?

3) En el cuarto Evangelio Jesucristo es la 'luz verdadera', 'la luz de los hombres' y 'la luz del mundo' (Juan 1.4,9 y 8.12), mientras que el mensaje de la carta es que 'Dios es luz' (1 Juan 1.5). Otra vez, ambas cosas son ciertas; no se puede decir de ninguna manera que sean irreconciliables en la mente del mismo autor que tenía un concepto tan elevado de la relación entre Padre e Hijo. Ni es del todo correcto decir que 'El Evangelio es cristocéntrico, la carta teocéntrica'² puesto que en la última el autor emplea muchas veces el pronombre 'él' (*autos, ekeinos*), sin especificar a quién se está refiriendo. Su alusión es normalmente al Hijo, pero no siempre considera necesario decirlo.

4) El Evangelio contiene la afirmación de que 'Dios es espíritu' (Juan 4.24), mientras la carta declara una vez que 'Dios es luz' (1 Juan 1.5) y dos veces que 'Dios es amor' (1 Juan 4.8,16). Es extraordinario que alguien pueda considerar que de alguna manera el autor de ambas declaraciones es inconsecuente.

2. Law, quien modifica mucho su propio aforismo.

5) La muerte de Cristo, se dice con razón, se presenta en el Evangelio como su 'levantamiento' y su 'glorificación'. Ninguna de estas palabras aparece en la carta, donde su muerte tiene un propósito propiciatorio (1 Juan 2.2; 4.10) y da vida y limpia de todo pecado (1 Juan 1.7; 4.9). Pero las referencias a la muerte de Cristo en la carta son en gran parte pasajes polémicos, en los que el propósito del autor es subrayar sus beneficios para los hombres en la salvación más bien que su significación para él en la glorificación. Además, no se puede decir que la enseñanza acerca de los méritos de la muerte del Salvador esté ausente de un Evangelio que declara que la ira de Dios está sobre el que no cree (Juan 3.36) e incluye versículos como 1.29; 3.14-16; 6.51; 10.11,15; 11.49-52; 12.24, etc.

6) La palabra *parrēsia*, osada franqueza, aparece tanto en el Evangelio como en la carta; pero en el primero denota claridad de lenguaje al hablar con los hombres (por ejemplo, Juan 10.24; 11.14; 16.29 y 18.20), y en la segunda, confianza ante Dios en la oración y en el día del juicio (Juan 2.28; 3.21; 4.17; 5.14). Todo lo que hace falta decir aquí es que la osadía debiera caracterizar al cristiano en su acercamiento a Dios y a los hombres, y que no hay razón para que el mismo autor no creyera en ambas cosas y escribiera sobre las dos.

7) Finalmente, se dice que la enseñanza escatológica es distinta. En el Evangelio, se nos dice, la escatología es 'realizada'. La vida eterna y el juicio se reciben ahora, puesto que el dar vida y juzgar son las actividades presentes de Dios por medio de Cristo (Juan 3.14-19; 5.19-27), y Jesucristo promete retornar no en gloria o en las nubes del cielo, sino espiritualmente por medio del Espíritu Santo (Juan 14.15-24, etc.). En la carta, por otra parte, se conservan las expectativas más antiguas y populares de la 'venida' personal de Cristo (*parousia*, 2.28) y su 'aparición' visible (*fanerosis*, 2.28; 3.2) y de un 'día del juicio' final (4.17). Esto, se nos dice, no toma en cuenta la profunda reinterpretación de la escatología que se da en el cuarto Evangelio; es más bien el 'pensamiento ingenuo de la iglesia primitiva' (Dodd). Pero esta reconstrucción es demasiado categórica, como si no hubiera escatología 'popular' en aquel ni escatología 'realizada' en la carta. La verdad es que el Evangelio incluye dichos de Jesús acerca de su venida para tomar consigo a su pueblo y acerca del 'último día' de resurrección y juicio (por ejemplo: Juan 14.3; 5.28,29; 6.39,40,44,54; 11.24-26; 12.48), mientras en la carta la vida eterna está considerada claramente como

una posesión presente, recibida y disfrutada en Cristo, ahora (1 Juan 5.11-13). La actividad personal, presente, del Espíritu Santo en el testimonio, también se enseña en la carta; no es exacto decir que no contiene “rastros de la elevada doctrina ‘juanina’ que se encuentra en el Evangelio” (Dodd).

Estas diferencias de énfasis no constituyen una base sólida sobre la cual fundamentar la diferencia de autor. Quedan suficientemente explicadas por el propósito diferente con que el autor escribió en cada ocasión (que muchos comentaristas parecen no haber notado adecuadamente) y por el intervalo que transcurrió entre la composición de ambos escritos. El propósito del autor al escribir se conoce por su propia definición. Escribió el Evangelio para no creyentes, a fin de despertar en ellos la fe (Juan 20.30,31), y la carta para creyentes, a fin de profundizar su seguridad (1 Juan 5.13). Su deseo para los lectores del Evangelio era que por medio de la fe recibieran vida; para los lectores de la carta, que supieran que ya la tenían. En consecuencia, el primero contiene ‘señales’ para evocar la fe (Juan 20.30,31), y la segunda pruebas por las cuales juzgarla. Además, en el Evangelio los enemigos de la verdad son judíos no creyentes, que dudan, no de la historicidad de Jesús (a quien podían ver y oír), sino de que sea el Cristo, el Hijo de Dios. En la carta, en cambio, los enemigos de la verdad son pretendidos cristianos (aunque las pruebas de Juan demuestran que su profesión de fe es falsa), y su problema no tiene que ver con la divinidad del Cristo, sino con su relación con el Jesús histórico. Westcott resume bien esta distinción diciendo: “el tema de la carta es ‘el Cristo es Jesús’; el tema del Evangelio es ‘Jesús es el Cristo’”.

Esta doble diferencia de propósito implica una diferencia de tiempo y parecería establecer también, no que la carta fue escrita para acompañar al Evangelio (Ebrard, Lightfoot), menos aún que lo precedió, sino que lo siguió después de un intervalo, por cuanto los lectores de Juan debían ser conducidos a la fe por medio del testimonio y a la vida por medio de la fe, antes que pudieran obtener la certidumbre de la vida. Aquellos comentaristas que creen que la carta es anterior al Evangelio sostienen que han detectado en ella ideas embrionarias (acerca del Logos, la expiación y las últimas cosas) que finalmente germinan en el Evangelio. Pero esto seguramente es trastocar las cosas. La carta fue escrita para personas que ya conocían la verdad y no necesitaban que nadie les enseñara (1 Juan 2.20,21,27), con tal que permanecieran

en lo que habían oído desde el principio (1 Juan 2.24). La NEB llama con razón a la carta ‘Un llamado a las cosas fundamentales’. Juan no está enseñando verdades nuevas o emitiendo mandamientos nuevos; los innovadores son los herejes. La tarea de Juan es llamarlos a lo que ya conocen y tienen. Todo esto parece presuponer de parte de los lectores un conocimiento del Evangelio o, cuando menos, del cuerpo de doctrina contenido en él. Podemos concordar, entonces, en que la carta es ‘un comentario sobre el Evangelio, un sermón con el Evangelio como texto’ (Plummer).

Hasta aquí, pues, hemos sugerido que las similitudes de tema, estilo y vocabulario entre el Evangelio y la carta proporcionan una evidencia muy fuerte para la identidad de autor, que no es materialmente debilitada por las peculiaridades de ambos o las diferencias de énfasis en el tratamiento de los temas comunes. Estas se explican en base al propósito específico de cada uno de los escritos y al lapso que puede asegurarse transcurrió entre uno y otro. La similitud entre el Evangelio y la carta es considerablemente mayor que la que existe entre el tercer Evangelio y Hechos, que se sabe proceden de la misma pluma; entre las cartas pastorales a Timoteo y Tito, y aun podría aducirse, entre las dos cartas a los Tesalonicenses escritas durante el segundo viaje misionero del apóstol Pablo y entre las epístolas a los Efesios y los Colosenses escritas durante su primer encarcelamiento en Roma. ‘El uso sugiere un mismo autor que varía sus frases, más bien que un mero copista’ (Brooke). ‘La misma mente se ocupa de las mismas ideas en conexiones diferentes ... Las cartas dan desarrollos posteriores de ideas comunes y características. Ningún imitador del Evangelio habría podido combinar elementos de semejanza y diferencia de esta manera...’ (Westcott).

d. Relación de la segunda y la tercera carta entre sí y con la primera

No es necesario acumular argumentos para demostrar que 2 y 3 Juan pertenecen al mismo autor; es casi evidente por sí mismo. Es verdad que la tercera carta tiene una o dos palabras que le son peculiares (por ejemplo, *filoprôteuein* en el versículo 9 y *fluarein* en el versículo 10). No obstante, a pesar de las diferentes circunstancias que evocan y el hecho de que el varón destinatario de la tercera carta era una persona y el destinatario femenino de la segunda probablemente una

personificación, hay una notable similitud en el encabezamiento (de 'el anciano' a alguien 'a quien amo en la verdad'), la misma situación en el trasfondo de itinerancia misionera, la misma longitud, patrón, estilo, lenguaje y conclusiones. Son como 'hermanas gemelas' (Alford). 'La similitud entre ellas es tan estrecha que no admite otra explicación que un autor común o una imitación consciente' (Brooke); y lo último resulta increíble en vista de la brevedad y poca importancia relativa del contenido de las cartas.

Si consideramos la relación entre las dos cartas más breves y la que Clemente de Alejandría llamó 'la mayor', se ve que las divergencias son insignificantes. Una vez que se señala que mientras el autor de la primera carta no se identifica en ninguna parte, mientras el de la segunda y la tercera se presenta como 'el anciano' y que en la primera (2.18) aparece 'anticristos', en plural, mientras en la segunda solo está en singular (v. 7, aunque evidentemente aquí es representante de la clase denominada 'muchos engañadores'), parece que esta es la suma total de las diferencias que se pueden descubrir. En contraste con estos puntos triviales son notables las similitudes entre la carta mayor y las menores. Hay el mismo énfasis sobre la 'verdad' (once veces en la segunda y la tercera, nueve veces en la primera) que consiste preeminentemente en la doctrina de que 'Jesucristo ha venido en carne' (2 Juan 1.7 vs. 1 Juan 4.2, RV). Ser leales a esta verdad es 'tener al Padre y al Hijo' (2 Juan 1.9 vs. 1 Juan 2.23), ser desleales a ella es ser un 'engañador' y 'anticristo' (2 Juan 7 vs. 1 Juan 2.22,26). Esta no es una nueva doctrina, sino la antigua. Deben 'permanecer' en ella (2 Juan 9 vs. 1 Juan 2.27) y permitir que ella 'permanezca' en ellos (2 Juan 2 vs. 1 Juan 2.14, 24). La ética cristiana, lo mismo que la doctrina cristiana, no es nueva; Juan no les escribe un 'mandamiento nuevo', sino 'lo que hemos tenido desde el principio', a saber, 'que nos amemos unos a otros' (2 Juan 5,6 vs. 1 Juan 2.7; 3.11). En esa comunión es donde puede hallarse gozo en plenitud (2 Juan 12; ver también 3 Juan 14 vs. 1 Juan 1.4). Aquellos que aman y hacen el bien dan evidencia de ser 'de Dios' (3 Juan 11 vs. 1 Juan 3.10; 4.4, 7); aquellos que pecan y hacen lo malo muestran que 'no han visto a Dios' (3 Juan 11 vs. 1 Juan 3.6).

Concluimos que las dos breves cartas fueron escritas por la misma persona y que esta fue también el autor de la primera carta y quien, como hemos sostenido ya, había escrito anteriormente el cuarto Evangelio. Si este razonamiento es correcto, significa que todo lo que

